Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LII - Nº 2629
Montevideo,
18 de marzo de 1984



Lugares
del mundo:

Londres: el "Barbican Center"

Importante
y moderno
complejo
urbano
que vertebra
aspectos
de la
vida cultural
de la
capital
británica

(Ver págs. 4-5)

Suplemento Dominical de
EL DIA
Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72

Memorias de un loco

Que un cuerdo escriba "Memorias", no sorprende aunque nada agregue a la eterna comedia humana. Lo insólito es que un falto las pergeñe para solaz de parroquianos de café y pulpería. En frases gaucho-políticas, el tropero, soldado, peón de cuadra y andante caballero, nacido bajo la triste estrella de Enrique Lamar, pretende y consigue pintarnos largas vivencias fluctuantes en lo fantástico. Transmite himnos, arengas y hasta maldiciones escuchadas entre el viva y el fuego de la guerra civil, un episodio más del largo vagabundeo por ambas naciones del Plata.

Supe de sus andanzas en la década del 40 en las amables tertulias sanduceras de la señora Teófila Vaquer de Faig, dama que alcanzó los noventa y ocho años con una feliz retentiva de cosas y hechos. Había conocido al débil y amedrentado teniente 1° que "deleitaba" a sus feroces auditores con sus bienes inexistentes, una hija de "sus entrañas" (era célibe) y el vestirse "con telas de cebollas" durante la Revolución del 70. Dos años después terminó su "Libro Memorable" y allá por el año 1875, corrido y burlado, dejó abandonada su obra en la mesa de un café de tierra adentro.

UNA VIDA NIMBADA DE TRISTEZAS

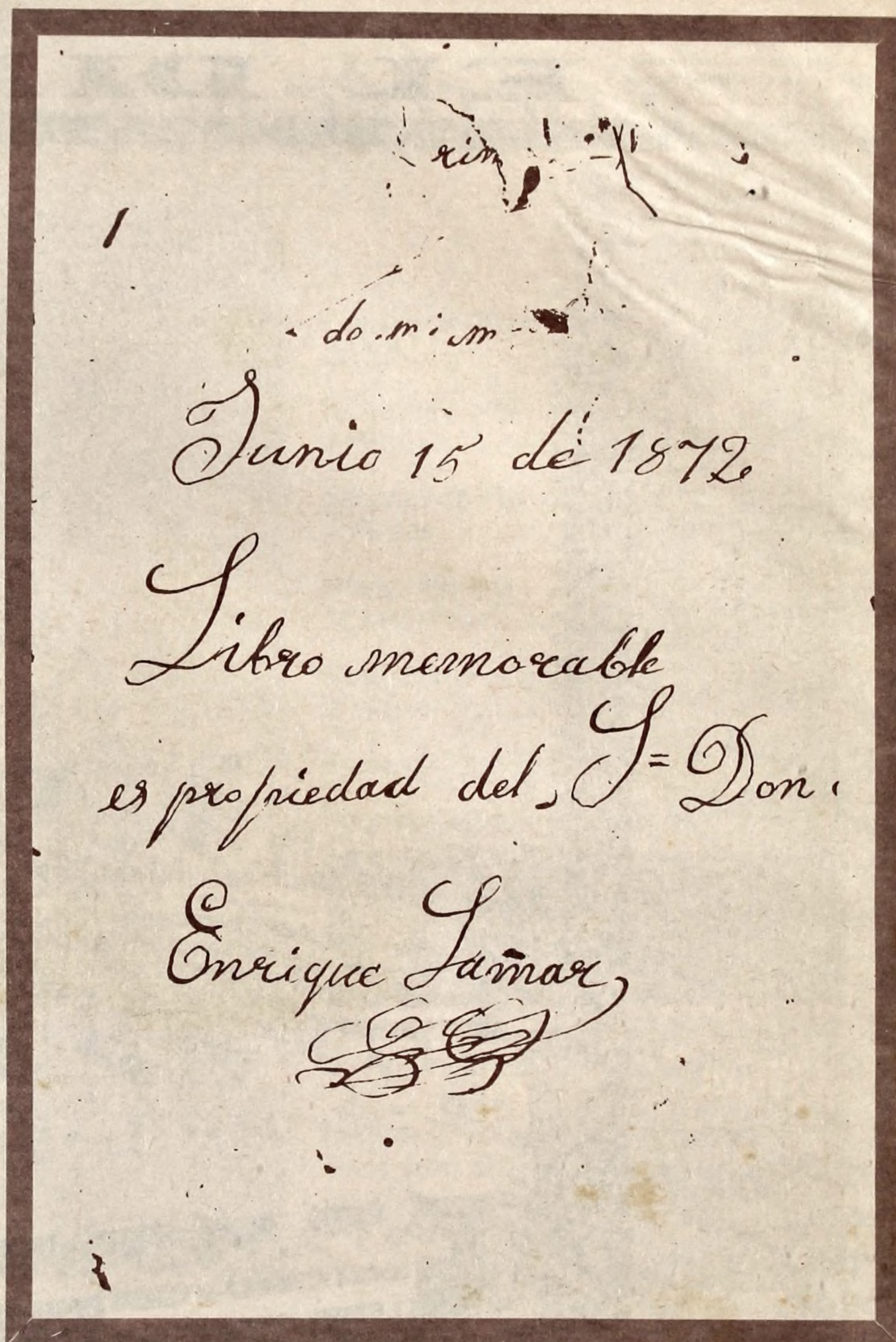
Nació Lamar el 16 de julio de 1835, en la entonces calle San Carlos N° 264, hoy Sarandí, frente mismo al Mercado Chico. Enfermo de escorbuto antes de los cinco años, se recuperó luego de un par de meses, logrando caminar gracias a la interpósita silla. El mismo nos dice que perdió a su padre a los once años, incorporándose al campo sitiador del Cerrito junto con su madre y tres hermanitos, seguramente por el rancho diario.

Con once años la dádiva se hizo derecho al sentar plaza, seguramente como peón de cuadra. Sin más lujo que un ponchillo de bayeta y un chiripá colorado, vive el albur del campamento hasta la Paz del 51.

Desfila con los guardias nacionales el 18 de julio 1853, recibiendo una herida "mortal", pero sale del paso.

Al apurarle la creciente insania, en octubre de 1854, sube el río Uruguay. Conoce Fray Bentos, Paysandú y Salto y en un dudoso vértigo ambulatorio afirma remontar el cauce hasta Uruguayana y los siete pueblos de las Misiones. Pudo en verdad estar de paseo en Monte Caseros, (Corrientes), o en los pueblos entrerrianos de La Paz o Villaguay. Luego corta el Paraná hasta Rosario, donde se conchava en la Panadería San Miguel.

Pronto le flaquean sus disminuidas facultades "por estar muy robusto", según dice, acometiéndole "una tremenda fiebre del celebro". El increíble diagnóstico vigente aún en algunos lejanos derroteros campesinos, como aquello que el baño debilita y las dolencias eruptivas son propias de "la sangre fuerte y cargada", rigen entonces sin réplica. Pero con un mes y medio de cama todo se arregla, recomendándose la convalecencia en Córdoba por la benignidad de sus aires. Desbocados los caballos del pensamiento, lo del viaje fueron musas como el interpósito amigo que se tomó el trabajo de acompañarlo.


Junio 15 de 1872
Libro memorable
es propiedad del S= Don
Enrique Lamar

Portada del "Libro memorable". Según puede colegirse fue capitulado en 1872

Regresa a Montevideo en noviembre del 55, para retornar a Buenos Aires, empleado esta vez en la Panadería de la calle Defensa N° 87, pero en marzo siguiente acepta igual plaza en Chivilcoy, continuando sus amasijos en la Panadería de la Libertad.

ENTRE VERDADES Y SUPUESTOS

Sintiéndose campero trotamundos, compra un caballo para tropear ganado a Bahía Blanca, Tandil y Azul, "frontera de los indios pampas y charrúas". (sic) Menudo disparate en la tierra de nadie, sólo accesible por la fuerza de un respetable ejército. Con la caída de Rosas, la Confederación Argentina perdió cien mil leguas cuadradas ante el incontenible avance de los infieles, mantenidos a raya por el autarca durante más de veinte años.

Pronto clandica nuestro arriero por las tropelías del salvaje, pone un boliche de panadería en Patagónica, (Carmen de Patagones), pero muerto el oferente cesionario, se emplea en la cosecha de maíz de Guinea, apto para fabricar escobas. Pero el hombre lo llama la patria, se hace de un bruto, y esquivándole el cuerpo nada menos que a los pampas, llega sano y salvo a Buenos Aires el 24 de setiembre de 1857.

DE VUELTA A MONTEVIDEO. CAPITULOS DUDOSOS

Llegó a sus lares amainando la terrible epidemia de fiebre amarilla. Ciñe la divisa con la Revolución de Quinteros, pero cuando confiesa es nebulo-

so. Está buena la descripción de Cagancha, lo demás se pierde en ficción.

Lamar (si tal es su apellido) es hombre de opiniones, y no hesita en apretarse el cinto con la Cruzada Libertadora. Guardia nacional unionero, emprende en octubre de 1863 el viaje fluvial a Salto a órdenes del coronel Clemente Linares. Recalan de vuelta en Paysandú, para hostigar al coronel Francisco Caraballo, que tiene al pueblo "a ración de agua".

Escopeteándolo con las guerrillas locales, lo hostilizan hasta el Circo de los Ingleses (hoy exposición) negándose el mismo a presentarles batalla. Por el vapor "Artigas", pronto regresan a la capital.

Concluye la guerra sin alterar la sempiterna miseria de nuestro caballero andante. En octubre de 1867 es un peón más de la estancia La Pileta, cerca de Fray Bentos. Centro de las pifias gauchas, pide arreglo de cuentas a los cuatro meses, volviéndose al pueblo de a pie, con su fiel perro, pues le han robado su caballo. Pernocta el infeliz en pleno monte y con una tormenta encima. En plena borrasca, un toro rabioso "animal cuadrúpedo", dice, lo arroja contra un tronco. De madrugada lo recoge un carretero, curándose las ampollas de pies y manos con remedios caseros, por no existir botica en Fray Bentos.

En febrero de 1868 trabaja en la panadería de "Los Abriles" de Paysandú donde soporta hasta lo indecible las pullas de sus compañeros de cuadra. Alterna otras ocupaciones y en los días del asesinato del general Urquiza creyéndose víctima de un complot, un amigo lo esconde hasta que toma boleto a Buenos Aires, pero cambia de itinerario para regresar a Montevideo en plena Revolución de Aparicio.

LOS PRIMEROS GALONES

Burlando las solicitudes familiares, tomó boleto en la diligencia de San José siendo detenido por una carta comprometedora. Sufrió prisión y una dieta que ni los perros la olían. Libre al fin (nada menos que por orden presidencial) con la pérdida de sus trapos y "una cantidad de agravios" le trepaban "grandes caprichos en la cabeza". Así con los cabales a mal traer, sentó plaza en filas de Aparicio. El 26 de octubre se inició el cerco de la capital, manteniéndose continuas guerrillas. En la Casa Arbolada, nuestro héroe recibió cuatro tiros de bala, volteándole el último del caballo. Pudo evitar el pingo agonizante y aun (créase o no) hizo dos prisioneros para volver con éstos a La Unión, donde en quince días estuvo repuesto de las heridas. (Sic).

El 12 de noviembre al regreso de una victoriosa carga contra el enemigo, fue muerto el coronel Tomás Basáñez. Con la madrugada del 29, tomaron la Fortaleza del Cerro. Este hecho, apuró el contraataque del gobierno contra La Unión, sede del Estado Mayor revolucionario.

Desprecavidos andaban los insurgentes "y el que menos con la camisa afuera", cuando atacaron los tres mil efectivos despachados desde la capital. El choque se tradujo en "un vivo volcán de fuego", especialmente en las bocacalles. Los revolucionarios según el cronista "parecíamos maíz mal sembrado, yo estaba vivo y parecía estar muerto", (sic) "así es que tuvimos algunos rechazos". Expuesto incluso al tremendo peligro del Colegio, blanco de la pieza de artillería que les disparaba desde el atrio de San Agustín, juró morir "o perecer entre las ruinas", antes de rendirse. Desalojado finalmente el punto, salvaron la bandera oculta en la Mayoría, para entregarla a un joven de 17 años con una imposible proclama.

Teófila Vaquer, luego señora de Faig, y su medio hermano Braulio Pereira, muerto en la Guerra del Paraguay. Daguerrotipo del año 1863. La citada matrona, fallecida en 1943 a los 98 años de edad, conoció en sus mocedades al trashumante Lamar

Exordio final del autor, obra única de la historiografía nacional

Una falsa alarma desarticuló la ofensiva gubernista y su retiro, contándose entre las bajas insurgentes el coronel Eustaquio Chalar, un oficial Liñán, más numerosos soldados. Al comandante Lesmes Bastarrica, le "bandearon" la nariz "por una bala de rifle".

LOS REVOLUCIONARIOS EN CAMPAÑA

Los insurgentes terminaron por salir el 18 de diciembre hacia Pan de Azúcar sin concertar batalla, escopeteándose hasta tentar un "pícame Pedro que picarte quiero". El largo camino les espera, tragando leguas "a mata perros". El 25 de diciembre perdieron la batalla del Sauce. La lucha comenzó a las once de la mañana y el primer caído fue el ayudante de su cuerpo volteado por una bala de cañón. El cronista recibió un disparo en la sien izquierda permaneciendo "por tres horas difunto" (sic), hasta que pudo escurrir el bulto entre los trigales y encontrar otros prófugos amigos. Una orden especial del general en jefe le otorgó el título de teniente 1° de Línea, honor extensivo a otros compañeros.

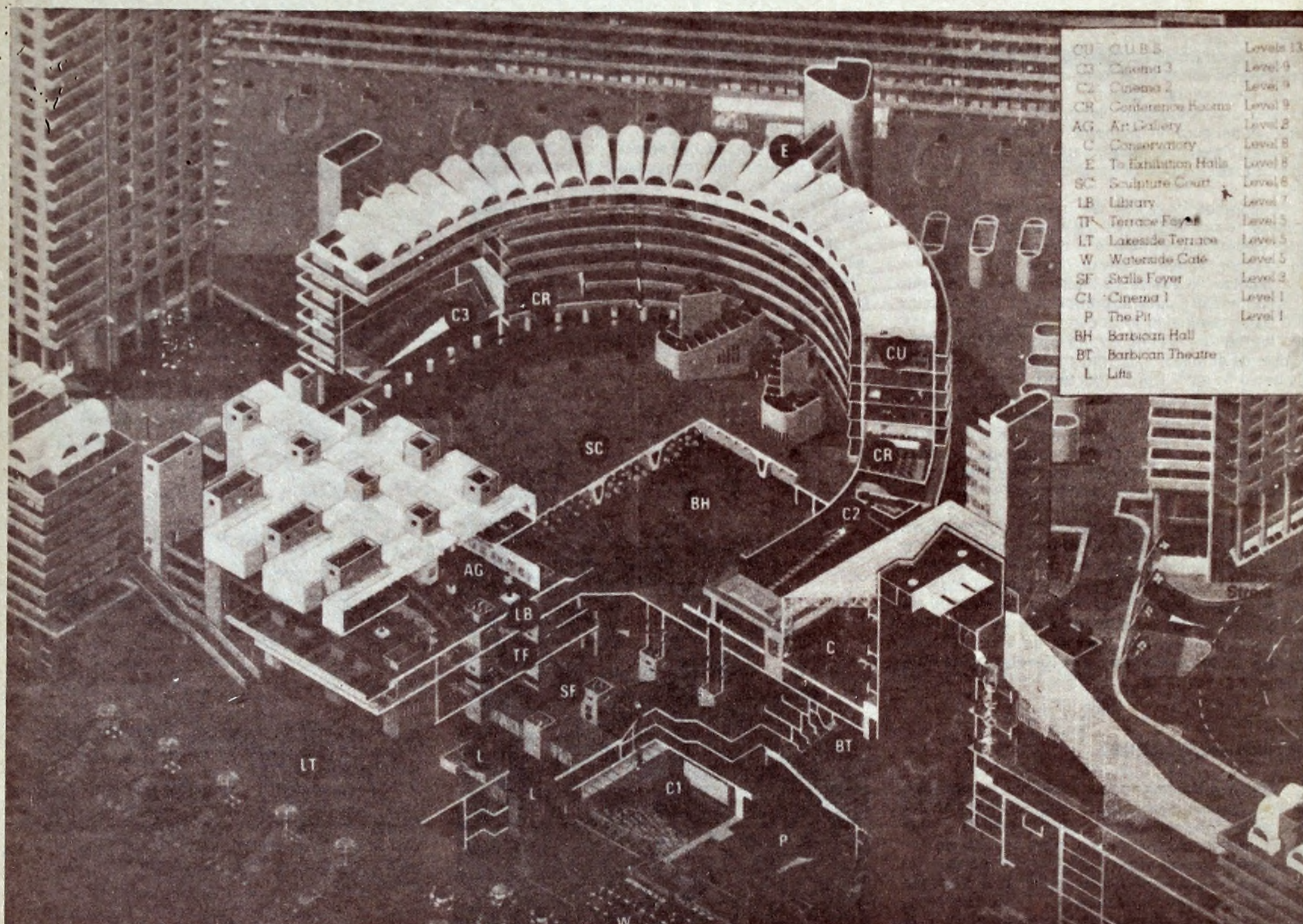
Faltos de caballos luego del contraste, pasaron a requisarlos al norte del país, sumando 13.000 animales. De vuelta encontrándose cerca de Mansavillagra, se presentó el general Osorio con la División Tacuarembó para concertar la paz mientras el grueso revolucionario campaba en la Pulpería de los Difuntos, costa de Chamamé. El fracaso encendió la cólera del general Aparicio, lanzando proclamas incendiarias que omitimos.

Obvio sería recalcar los sufrimientos soportados hasta el encuentro de Manantiales, batalla perdida el 17 de junio de 1871. Lamar cayó prisionero, debiendo vestirse con cueros al "carcharle" lo puesto. Tras un largo cautiverio pudo escapar el 19 de setiembre bajo una tormenta de mil demonios. Costeando un arroyo con "los [illegible] como sapo", dio por fin con la [illegible] donde repuso fuerzas.

Con la Paz de Abril en 1872 quedó como siempre en la calle. A escribir se dijo y vagar luego. En un café sanducero olvidó su "Libro Memorable". A más de un siglo lo exhumamos.

Oficiales de la Guardia Nacional de la Unión, presentes en Salto y Paysandú en octubre de 1863, a órdenes del coronel Clemente Linares. Lamar integró el Batallón, en calidad de soldado

A. I. SCHULKIN



En este dibujo se aprecia claramente la disposición de los distintos espacios que conforman el Barbican Center

El "Barbican Center" de Londres

En las grandes capitales del mundo, que son también importantes centros culturales, se aprecia la tendencia a construir complejos edilicios en los cuales se desarrollan las más diversas manifestaciones de la cultura.

Hay diferentes opiniones acerca de la conveniencia de construir estos grandes conglomerados donde se trata de poner en movimiento la cultura, dándole un carácter unitario, de totalidad, en su diversidad.

Es obvio que no todas las manifestaciones culturales se pueden realizar en forma fraccionada y dispersa, si bien algunas, sí.

Es posible, por ejemplo, dividir una gran muestra de pintura y exponerla al público en pequeñas salas de diferentes barrios.

Intercambiando las diversas pequeñas exposiciones, el público de todos los barrios tendría oportunidad de apreciar la muestra en su totalidad.

Pero una orquesta de 120 músicos no se podría dividir en doce orquestas de diez músicos cada una, sin que se produjera, en teoría, un cambio cualitativo: en lugar de una gran orquesta sinfónica, tendríamos una docena de orquestas de cámara, si sólo nos atuviéramos al carácter aritmético de la cuestión.

Lo mismo podría suceder con otras manifestaciones artísticas.

Por este motivo, si bien, y especialmente en ciudades muy extendidas geográficamente, es necesario llevar las distintas expresiones culturales a los barrios y lugares más apartados, a fin de acercarlas y ponerlas al alcance de todas las capas de población, hay espectáculos que requieren grandes salas y complejas instalaciones, lo que hace imprescindible la centralización de todos esos elementos para poder responder de la mejor manera a las necesidades que tales representaciones plantean.

Se debe, en estos casos, pensar en otras soluciones para acercar a estos centros a la mayor cantidad de público que sea posible.

En nuestras latitudes existe, y ya lo comentamos en artículo publicado en el Nº 2.504 de este suplemento, de fecha 11 de octubre de 1981, el Centro Cultural San Martín de la ciudad de Buenos Aires.

En París hace algunos años que comenzó a funcionar el Centro Pompidou, cuya extraña arquitectura fue motivo de las opiniones más diversas.

El 3 de marzo de 1982 abrió sus puertas en Londres el Barbican Center, la versión inglesa de este tipo de centro "monstruo" de cultura, que en estos días cumple su segundo año de fecunda vida cultural.

Que el Barbican Center "nació caminando" lo demuestra el hecho de que, en su primer año de existencia, acogió en sus instalaciones nada menos que un millón y medio de visitantes, que pagaron cuatro millones de libras para asistir a más de 1.600 espectáculos que allí se presentaron.

Cuando un centro de esta índole se encuentra con que la gente ya está haciendo cola para esperar que abra sus puertas por primera vez, sólo es posible deducir que su creación respondió a una necesidad imperiosa de la población.

Barbican es una de las zonas, al norte de la City, que sufrieron más intensamente los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

Se extiende al costado de la calle denominada London Wall, porque sigue el trazado de la antigua muralla (wall) construida durante la época romana.

La reconstrucción de este moderno barrio londinense se llevó a cabo siguiendo una fórmula que parece ser de gran utilidad práctica: el tránsito vehicular y el tránsito peatonal se mueven en dos planos diversos.

La circulación automotriz se desplaza en el plano inferior; la de los peatones, en el plano superior, donde se encuentran los comercios, y que está ligado al nivel inferior por medio de escaleras.

El nuevo Barbican, además del centro cultural del que nos estamos ocupando, cuenta con un sector habitacional formado por tres altas torres de agradable arquitectura, de cuarenta y cuatro pisos cada una; con el London Museum; con un sector de construcciones para oficinas, realizadas en acero y vidrio, y un colegio para señoritas: el City of London School for Girls.

El Centro de Artes y Conferencias de Barbican fue concebido como una verdadera "máquina para el funcionamiento de la cultura", pero habiéndose puesto especial énfasis en todo lo relacionado con su estética.

Es un moderno y agradable conjunto edilicio, construido a diferentes niveles, con lugares de esparcimiento, jardines, terrazas, fuentes, etc., que hacen que, pese a sus dimensiones realmente colosales, mantenga la medida de lo humano.

El Barbican Hall, en el cual se alternan en sus presentaciones la Orquesta Sinfónica de Londres y la Orquesta de Cámara Inglesa, es una inmensa sala con capacidad para 2.000 espectadores.

Las butacas están instaladas a una distancia tal que cualquier asistente se puede poner de pie y abandonar su asiento sin molestar en ningún caso a sus vecinos. Se utiliza para conciertos, pero también para conferencias, para lo cual cuenta con un sistema completo de audiovisuales y de traducción simultánea en cinco idiomas.

Su acústica es verdaderamente excepcional.

Este año pasado tuvimos ocasión de oír allí a la Orquesta Sinfónica de Londres, dirigida por el italiano Claudio Abbado, haciendo una magnífica interpretación del concierto para piano y orquesta Nº 25, índice K503, de Mozart, con Rodolfo Serkin al piano.

Con este notable pianista, el maestro Abbado tiene, además, una abundante discografía, especialmente de conciertos de Mozart, de quien —como es sabido— es Serkin un intérprete de primer orden.

El Barbican Center tiene tres pequeñas salas para cine, con capacidad para 153, 255 y 280 espectadores.

Cuenta con varias salas de reunión de pequeñas dimensiones, que pueden albergar a apenas 20 personas, sin que la gente que acude a reuniones de grupos reducidos se deba sentir "perdida" en grandes salones.

Otras cinco salas tienen una capacidad máxima de 80 personas, con instalaciones ubicadas en forma de teatro.

También tiene su base en el Barbican Center la Royal Shakespeare Company, la renombrada compañía teatral que brinda excelentes interpretaciones del gran dramaturgo y de autores modernos.

En verano se suelen presentar espectáculos musicales en la gran terraza de la Sculpture Court, que queda convertida en una inmensa sala teatral a cielo abierto. Sería fatigoso para el lector que siguiéramos ennumerando una por una todas las actividades que tienen lugar en este centro, que hizo dar a Londres un gran paso adelante en cuanto a infraestructuras en cuanto al desarrollo de la cultura se refiere. Muestras de pinturas y esculturas, bibliotecas, conferencias, ballet, teatro, conciertos, ópera, todo lo que se pueda imaginar que surja de la mente creativa del Hombre en el campo artístico y cultural, sin barreras de nacionalidad, de razas, de ideologías, de antecedentes culturales, encuentra aquí el ambiente adecuado para expresarse libremente.

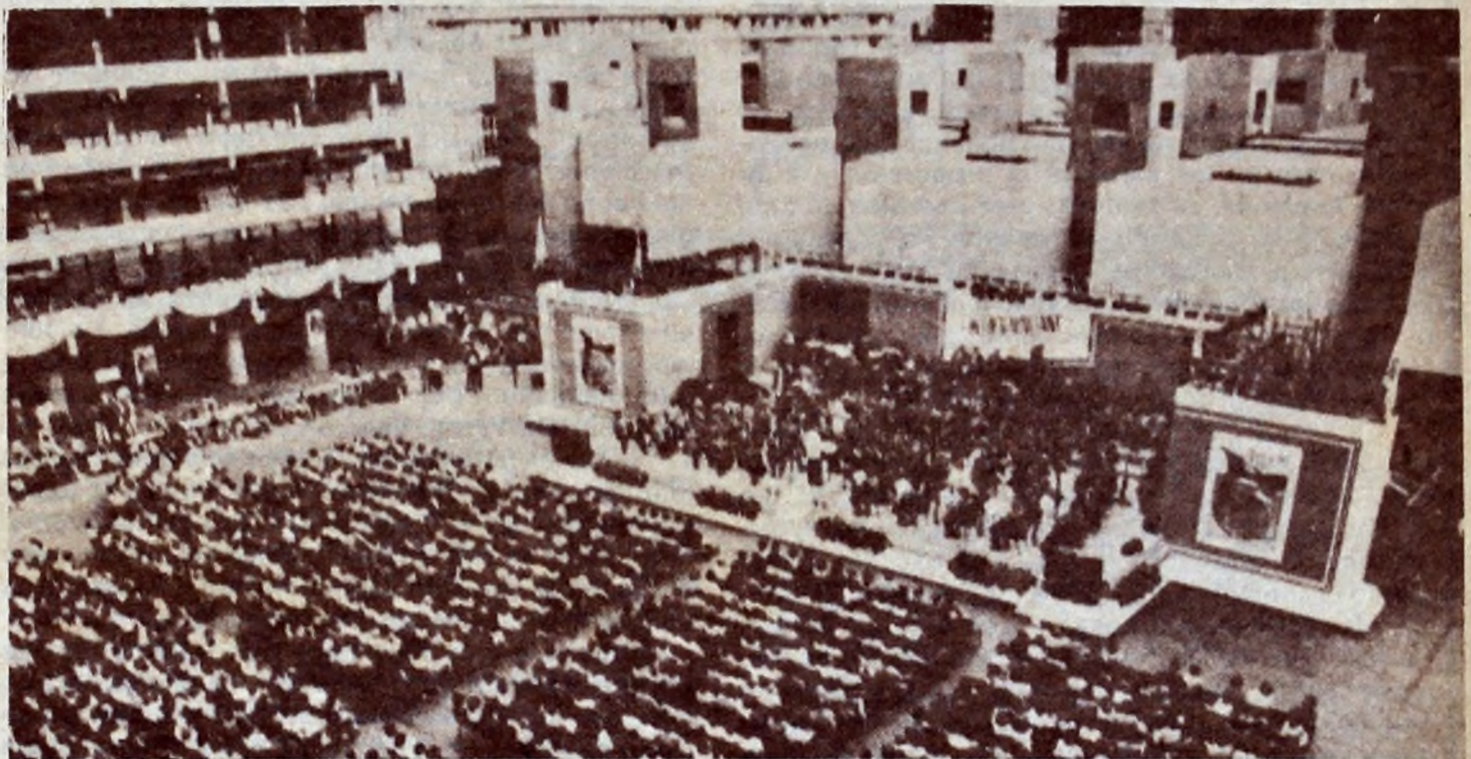
Por el Barbican Center de Londres se entra ya en el siglo XXI.

En ese siglo XXI tan cercano que, en tantos aspectos, será radicalmente diferente a todo aquello a lo que estamos acostumbrados hasta ahora y, en otros, no será demasiado diverso a nuestro mundo actual, porque el Hombre, en el fondo, sigue siendo el mismo, por más que su propia actividad mental lo impulse a cambiar.

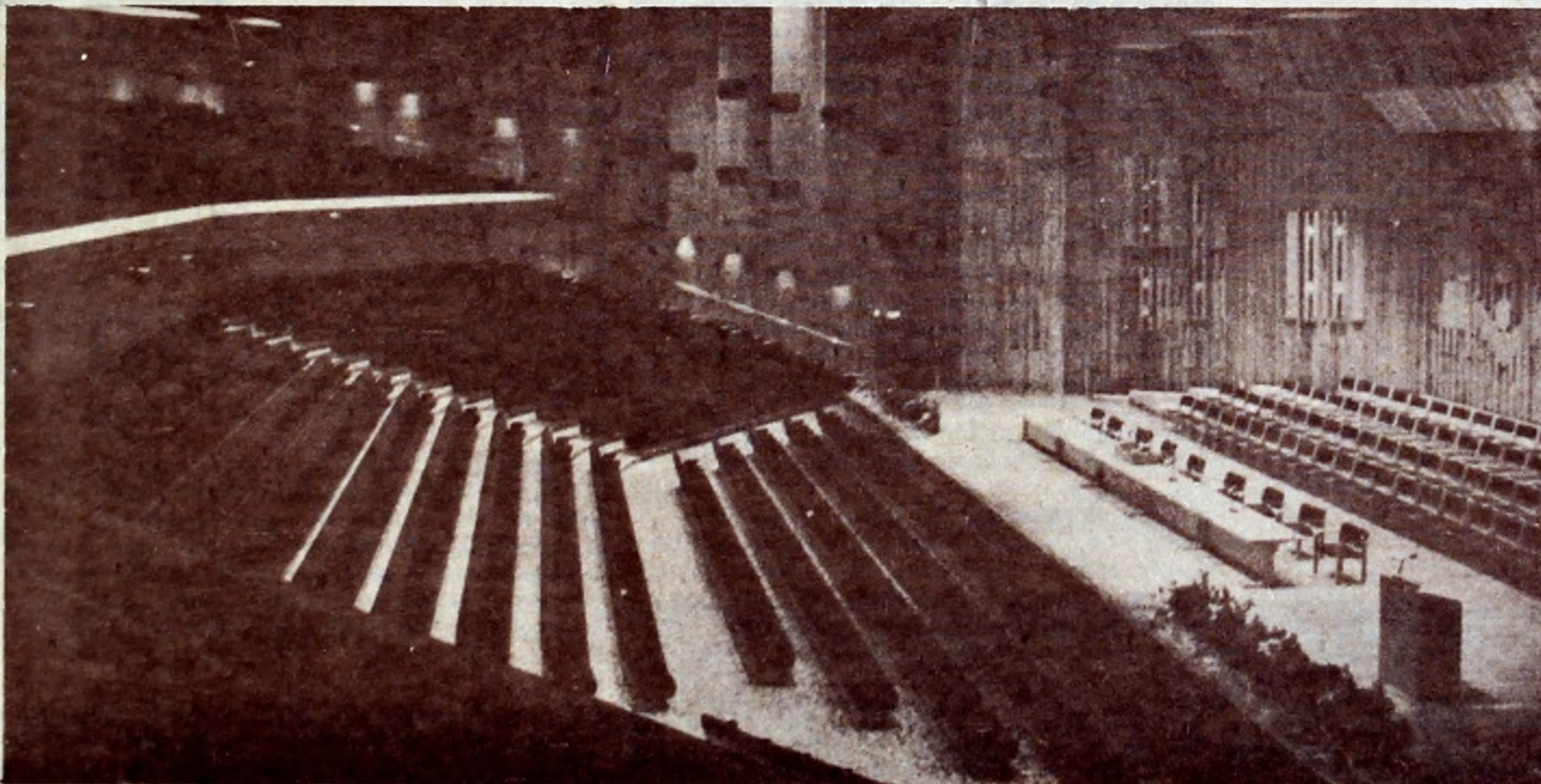
Por lo menos en lo exterior.

Carlos NOVELLO

(Fotos del autor)



La amplia terraza denominada Sculpture Court, transformada en un enorme escenario al aire libre, durante los conciertos de verano



La moderna y muy cómoda sala que se conoce como Barbican Hall: en ella 2.000 espectadores pueden disfrutar de su magnífica acústica oyendo a los más calificados conjuntos musicales británicos y extranjeros

De la escuela a la cárcel

Puedo decir las cosas más tristes de mis primeras experiencias universitarias. Entré a la Facultad alegremente con una divisa del Siglo de las Luces: una escuela que se abre es una cárcel que se cierra. Para entenderla mejor me propuse visitar cárceles. Tenía un excelente profesor formado en Italia, escuela de Ferri. El nos hablaba de cómo se engendra el delincuente, empujándonos a verlo en confrontación directa con la realidad. Visité panópticos, cárceles de sumariados... Tuve entrevistas con el Hombre Fiera, topé con amigos que se me habían perdido y estaban ahí por estafas, conocí varios de los capítulos que se le olvidaron al Dante. Aquello, sin embargo, no era lo más triste. Entonces un ochenta por ciento de los colombianos eran analfabetos, pero en las cárceles la proporción era inversa. Asesinos, estafadores, delincuentes de toda especie —el ochenta, el noventa por ciento— sabían leer y escribir, habían pasado por la escuela. Escribí una monografía estupenda, con un buen título: La escuela en Colombia como factor del Delito. Muy orondo se la entregué al profesor. Se indignó. Me rajó. Perdí el curso y tuve que habilitar.

Tenía razón él. Mi experiencia echaba por tierra su ilusión sacada del Siglo de las Luces: Una escuela que se abre es una cárcel que se cierra... Lo que yo vi resultó distinto. En una familia de campesinos hay un muchacho que va a la escuela donde pierde el contacto con la tierra, físicamente se entume y le enseñan unas cosas —leer, escribir, sumar, restar— que acaban sirviéndole para leer los pepelitos del patrón, falsificar una carta, sumar y restar en beneficio propio. Los hermanos que se quedan siguen trabajando, a lo mejor dentro de un régimen poco justo, pero sin pasar de campesinos a criminales. En la escuela, desde luego, no se enseñaba ninguna clase de trabajo. Ni el redentor.

Lo de la escuela es lo mismo que lo del alfabeto. Hay que saber para qué va a enseñarse y para qué se abren escuelas. Ahí está la filosofía de los sistemas que dirigidos en una forma llevan a la democracia y en otra a otras cosas. Mi estudio descubría aspectos reveladores, así tuviera algo del desenfado de esta nota, que dedico a la memoria de quien me rajó. Era muy fácil tildarme de bárbaro, enemigo de las escuelas y del alfabeto. El profesor podía señalarme como cavernario. Facilitaba su diagnóstico un cierto aire incivil que nunca he podido corregir. Pero era necesario dejar de lado estas reacciones contra mi estilo paradógico, y detenerse ante el hecho brutal del mal uso que se hacía, y sigue haciéndose, lo mismo de la enseñanza del alfabeto que del destino de la escuela. En algunos casos me informé de hechos sangrientos originados en niveles más altos de educación literaria. He contado alguna vez del boga de Girardot que dio muerte a un compañero por haber dicho que Víctor Hugo era superior a Vargas Vila.

—¿Se da usted cuenta? —le decía el matador al jefe del penal— ¿decir que Víctor Hugo era mejor que Vargas Vila? —Y agregaba— Es posible que estando yo en mi sano juicio me cegara la pasión, pero si el caso se repitiera haría lo mismo... Estas cosas no podrían ocurrir jamás a un analfabeto.

Creo que todo esto tiene que tratarse de otra manera. En la escuela "también" ha de enseñarse a leer, escribir y aritmética. Son herramientas esenciales que no pueden negarse a nadie. En los países socialistas se ha visto con claridad el asunto. En ellos lo esencial es hacer del niño un luchador del partido. La meta que se busca es el partido, sus jefes vitalicios, sus programas guerreros. Se enseña a leer para que se conozca la cartilla del jefe. La universidad, allá, tiene el mismo destino, y así lo ha sostenido con brillantez uno de los más ilustres profesores cubanos. En las democracias sería lo mismo, pero al revés. Enseñar a leer para liberarse, para pensar con autonomía. A trabajar, fuera de una imposición interesada en sujetar al hombre a la vieja condición servil. La escuela que yo vi desde mis experiencias universitarias era tan equivocada —me parece— como las escuelas para perros de hoy. La que conocí, visitando cárceles, era también para perros: para perros vagos.

Germán ARCINIEGAS

Bogotá, 1984
(Exclusivo para EL DIA)

I

Un atlas de la angustia y de la estupidez

II

Elogio de la hamaca

¿Cómo ven el mundo que los rodea los soviéticos? ¿Cómo lo ven los musulmanes, o los norteamericanos o los chinos? Evidentemente que de maneras distintas y muy contradictorias. Cada quien se siente rodeado de enemigos y amenazas potenciales. Es un poco la inevitable distorsión de toda perspectiva. En la perspectiva pictórica todo se organiza desde el estricto punto de vista del observador privilegiado. Dos observadores colocados en dos puntos distintos ante un mismo paisaje tendrán, inevitablemente, dos perspectivas diferentes. Todo sujeto termina por sentirse colocado en medio de un circo vasto determinado por su posición en el espacio y por sus limitaciones y peculiaridades de percepción.

Esas maneras distintas y opuestas de percibir el escenario mundial son uno de los factores más influyentes en el mantenimeinto y exacerbación de los conflictos entre Estados. El mundo es el campo de los conflictos y el hombre es el ser conflictivo por excelencia. Está en pugna continua e inagotable con todo lo que lo rodea y consigo mismo. Ningún otro ser viviente participa de esta extraña peculiaridad.

Es muy difícil lograr escapar de las limitaciones y condicionamientos de la perspectiva en que nos hallamos colocados, para admitir que otros pueden ver de otra manera distinta y que esas visiones tan diferentes y hasta opuestas son tan sinceras e inescapables como las nuestras.

La primera dificultad con que se tropieza es la de los mapas. La mayoría de los mapas está fundada en proyecciones deformadoras. La imagen que se tiene del mundo en un mapa universal hecho a base de la proyección de Mercator, nos da una visión completamente deformada y falsa de la realidad geográfica del planeta. Bastaría compararla con la imagen que ofrece un globo geográfico. Son dos imágenes completamente distintas de la forma de los continentes y de los espacios cubiertos por la tierra y por las aguas en el planeta. Sin embargo, la visión del mundo que la inmensa mayoría de los seres humanos tenemos es la de la proyección Mercator, modificada o no, pero siempre deformada y deformadora. Otras proyecciones nos ofrecen otras imágenes de la tierra a veces totalmente diferentes. Por ejemplo, la proyección polar del hemisferio Norte nos da una visión inesperada y llena de consecuencias de la distribución de los continentes en torno al Polo Norte y al Artico. Inesperadamente vemos en ella peligrosamente cerca a los que nos parecían remotos y ajenos. En esa proyección, que es la que más frecuentemente utilizan los Estados Mayores de las grandes potencias y las líneas aéreas, la Unión Soviética y la Europa del Norte revelan una inesperada y estrecha cercanía con Estados Unidos y Canadá. Es otro mundo, otro panorama y otra vecindad y riesgo lo que se revelan al cambiar la perspectiva de la proyección planisférica.

La posibilidad de contemplar en un atlas inusitado todos estos aspectos reveladores de la realidad que nos escapa y del carácter real de los conflictos actuales y potenciales que cubren el mundo, es lo que nos ofrece un libro recientemente publicado en Francia (**"Atlas Strategique. Geopolitique des rapports de forces dans le monde"**. Por Gerard Chaland y Jean Pierre Rageau. Fayard, París, 1983). En numerosas cartas geográficas, claras y fáciles de consultar, se presenta toda esta realidad subyacente de las relaciones de fuerza entre Estados que influyen en su política. Esta obra tiene, desde luego, una gran deuda evidente con los trabajos que, a lo largo de este siglo, realizaron algunos científicos, con miras políticas, para crear esa nueva rama del conocimiento, tan discutida y sospechosa, que se llama la Geo-política, desde el inglés McKinder hasta el prusiano Haushofer. Pero no se limita a esos conceptos predominantemente estratégicos, sino que penetra en otros campos no menos significativos como el de los distintos y opuestos aspectos culturales, lenguas, religiones, doctrinas políticas, el de las enemistades hereditarias, el de los aspectos económicos, la demografía y el vasto conflicto Norte-Sur.

No es posible hojear un libro semejante sin caer, casi necesariamente, en dos sentimientos de reacción espontánea. Uno de angustia ante la multiplicidad y variedad de las oposiciones conflictivas que amenazan a la humanidad con violencia, destrucción y guerras y el otro de indignación, ante la inerradicable estudipez de la conducta humana que no sólo se muestra incapaz de resolver racionalmente esos conflictos actuales o potenciales sino que los mantiene y prolonga y hace, aparentemente, todo lo posible por hacerlos insolubles.

Viene a resultar así éste un atlas de la estupidez y de la angustia. Basta pasar la mirada por sobre esas elocuentes cartas geográficas para darse cuenta de la inmensa y creciente desproporción, que aumenta cada día, entre lo que el ser humano ha logrado alcanzar en el conocimiento científico y en el aprovechamiento de la tecnología, que podría literalmente convertirlo en dueño del universo, y el descomunal atraso de sus prejuicios y reacciones emocionales que lo mantienen prisionero de mitos, terrores y apetitos que ya tenía en la prehistoria. Un libro así resulta, inesperadamente, un elocuente tratado de moral y un acta de acusación contra la miseria inherente a la inteligencia de los hombres.

No deja de sorprender la poca importancia que se le ha dado a la invención de la hamaca. Cuando se habla de las civilizaciones indígenas americanas se hace referencia a la arquitectura, las pirámides, los templos, las imponentes construcciones de piedra labrada, la estatuaria, la cerámica, la pintura y las formas de organización social, pero muy poco se señala la invención de la hamaca.

Los españoles se toparon con ella en el Caribe y les causó mucha curiosidad. Oviedo en su gran crónica la describe con curiosa minuciosidad. Todo en ella le parece extraordinario y digno de mención. La simplicidad, la facilidad de transportarla, la comodidad que ofrece y la pureza de su forma. Incluso apunta que podría ser muy útil para los ejércitos de Europa, que continuaban en su tiempo acampando al raso sobre el suelo.

A tanto desconocimiento se llegó con la hamaca que el Diccionario de la Academia hasta hace poco, según Corominas, daba a la palabra una etimología holandesa. Según ahora se sabe la palabra holandesa "hagenmatte" no se empleó hasta el siglo XVII, varias generaciones más tarde de que los españoles Fernández de Enciso y Oviedo anotaran la voz y describieran el objeto. No hay duda hoy de que es palabra de origen taíno oída por los conquistadores de los indígenas de Santo Domingo. En todo caso parece que voz y objeto eran usuales en toda la región del Caribe, desde las costas del continente sur hasta las islas.

No conozco que se haya hecho ningún estudio sobre la difusión de la hamaca en el continente americano. Su extensión debió ser grande y su uso muy generalizado. El conquistador español la adoptó de inmediato por las inmensas ventajas que ofrecía y desde luego debió introducir modificaciones. La que predomina actualmente entre las tribus indígenas del sur de Venezuela, que debe corresponder a un tipo muy primitivo, es de red y generalmente corta y estrecha. Los criollos, en la larga adaptación colonial al nuevo ambiente, la hicieron de un tejido más grueso y compacto de algodón, más larga y más ancha. Ya no era el único lecho, pero sí una suerte de cama auxiliar en todas las casas. Se las llegó a hacer de materiales lujosos, con bordados y adornos.

No hubo hamacas ni en Europa ni en Africa y, posiblemente, tampoco en Asia. El hombre primitivo de esos continentes durmió en el suelo y más adelante sobre paja y pieles de animales, hasta que mucho más tarde comenzó a levantar toscos lechos de madera. No era fácil construirlos ni menos transportarlos. Junto a ellos la hamaca americana representa una creación de increíble originalidad.

Si la fuéramos a considerar con ojos de diseñador de objetos y de curioso de la evolución de la tecnología habría que verla como un prodigio de simplicidad y de funcionalidad. Nada en ella sobra y es de su propia utilidad escueta de donde le vienen la gracia y la belleza. Se sostiene en sólo dos puntos, como ningún otro lecho. La gracia de su línea es perfecta y ligera. Cuelga en una larga curva liviana de los dos soportes a los que se ata por medio de cuerdas. Cuando no está ocupada se reduce a una forma escueta que poco estorba. Está exenta del contacto con el suelo y es muy fácil mantenerla limpia. Para el que sabe dormir en ella ofrece suavidad y soporte. No hay un lecho más adecuado para los climas cálidos.

¿Cómo se originó este prodigio de diseño, sencillez y utilidad? No es fácil averiguarlo pero tampoco cuesta mucho trabajo imaginarlo. Debió originarse entre las tribus de la selva tropical, en los grandes bosques fluviales llenos de inmensos troncos, de lianas y de animales de todas clases. Es muy posible que ante el riesgo de dormir en el suelo y contemplando la abundancia de lianas y bejucos que colgaban entre las ramas y que, a veces, por azar, se entretejen entre ramas vecinas, algunos indígenas comenzarán a aprovecharlas para descansar a resguardo de fieras y de inundaciones. De allí a mejorarlas, hacerlas más resistentes y luego fabricarlas no había sino una evolución previsible y casi natural.

Es posible que las limitaciones ocasionadas por los fríos del invierno hayan impedido su extensión a Europa, donde nunca ha pasado en formas más o menos derivadas, de ser un utensilio de verano para colgar al aire libre. Sin embargo, en algunas marinas de guerra, como la de Estados Unidos, se la adoptó y adaptó como lecho de la marinería.

Los criollos la usaron ampliamente. Fue el lecho ideal para la guerra y la camilla usual para transportar heridos. Bolívar tenía una predilección marcada por la hamaca. Nunca la abandonó. Los visitantes extranjeros y los que lo conocieron durante las campañas hacen referencia a aquellas hamacas colgadas en el campamento, al aire libre o en la habitación, en la que se tendía a dormir o se sentaba para conversar. Era la marca visible de su americanidad y el testimonio del rico proceso de mestizaje cultural que caracteriza al Nuevo Mundo.

Algún día habrá que darle a la hamaca toda su significación y celebrarla como uno de los mayores aportes que el indio americano dio a la civilización. Una obra maestra de funcionalidad, sencillez y diseño.

Arturo USLAR PIETRI

Caracas, 1984
(Exclusivo para EL DIA)

Reportajes espontáneos

Linda Kohen y su intimismo

Todo lo que nos rodea en la soledad toma su lenguaje.

Un leguaje que necesita ser interpretado. El artista sabe cómo hacerlo. Porque antes lo siente. Escucha esa vida que los objetos quietos parecerían respirar. Y todo se hace más intenso cuando el pintor, en éste caso Linda Kohen, se sumerge en las intrincadas facetas de su hábitat.

Pero de allí a expresar lo simple, también requiere talento. Que remarca con estilizada factura la detención de tales momentos. La vida quieta, la llamada "naturaleza muerta". Que deja de serlo, quizás, en estas manos, para renoverse con otra vigencia menos calificada en su género, pero más íntimamente ligada a sí misma.

Descubrir el sentido de las cosas sencillas que nos acompañan.

Un poco como aquella puerta que cree se abre sin un porqué y de la que Maeterlinck nos habla en una de sus novelas.

Ese misterio no audible, pero sí escuchado por la ficción del color, es manejado con sutileza. Con ribetes ricos en escorzadas poses sin postura. Sino naturalmente encontradas. Casi todas en su propia persona. Ya sentada. O dejando sólo parte de sus manos, de sus brazos. También ese plato solo, o aquella copa que tiene tal vez un recuerdo. Rodear a toda esta soledad, es lo que la artista realiza.

Con sensibilidad recogida en un espíritu fino, tierno, por las cosas puras.

Por el "retrato de la madre", por el "hombre que lee", por el "reencuentro", "el desayuno", "el almuerzo", "descanso frente al caballete", "detalle del baño" o simplemente... "las horas", que corren y marcan con péndulo rítmico el tiempo que pasa inexorablemente...

Pintó Linda Kohen cuatro series. De las que nos mostró un retazo de cada una en su recordada muestra del Museo de Maldonado. Su inquieta vida entre viajes y pintura, pueblan un testimonio en que la temática asume toda la elocuencia plástica que la interpreta.

"No sé si estas obras son suficientes para transmitir mi intención al pintarlas". (Se trata de cuatro series como dejamos dicho). "Las horas" la comencé en Montevideo entre 1976-77. Luego viajé al exterior y recién tuve la posibilidad física de trabajar en San Pablo en 1980. Son 40 cuadros. Es una especie de **crónica de un día de mi vida** a través de objetos y situaciones familiares.

—¿Respondió a algo especial?

—Me parece que a una necesidad de reencuentro conmigo. Una necesidad, diría, de refugio, de hacer casi un inventario de mi tiempo.

—¿Cómo entiende Ud. la realidad que pinta?

—En **realidad** en pintura la intención debe leerse más allá del tema. Debería leerse en la textura, la pincelada, los espacios, el color. Pero de cualquier modo el tema es nuestro punto de partida, la motivación inicial. Para mí es importante.

—¿Cómo es que aparece internándose en su intimismo?

—Casi sin darme cuenta, en mi estudio, después de haberme detenido sobre lo que me rodeaba, pasé a pintar **mi persona**.

Desde la taza de café que pinté a la mano, mi mano, que la sostenía. De allí me fijé en mí como modelo circunstancial, en el que descubría **"como yo me veo"** desde mi propio ángulo. La serie la titulé **"soledades"** (1981).

1982 fue un año de acontecimientos dolorosos para mí. De vuelta, el quehacer cotidiano, la compañía de **mis cosas**, mis libros, mis telas, mis útiles de trabajo, en los que encontré un punto de apoyo... donde me refugié.

Y surgió la serie que yo llamo "Apto 141". Un



La madre



El Té

"Cr



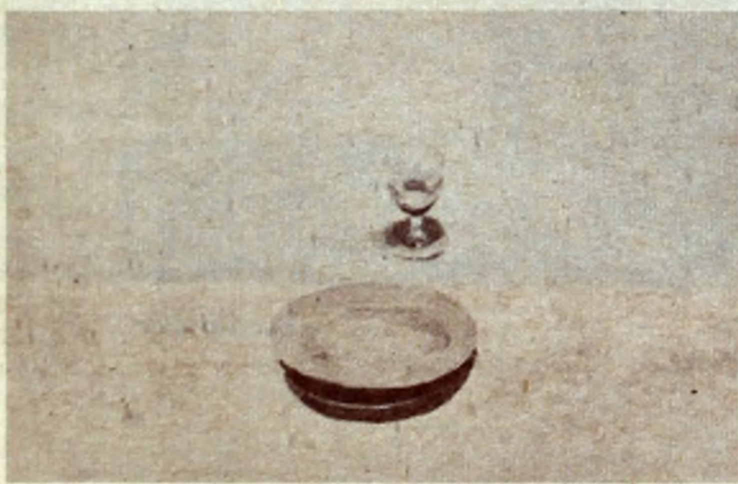
D'apres Hilda López

La lectura



ónica de un día de mi vida...”





El almuerzo



El desayuno

verdadero recorrido por mi casa de San Pablo.

—Pero no todo en sus cuadros se refieren a dicho tema, ¿existen, otras motivaciones?

—En el pasado año trabajé, y sigo trabajando, en algo que se ha alejado en apariencia, de mi persona. He pintado unos veinte cuadros. Llamo a este conjunto "Homenaje a Kafka". Traje uno de los cuadros que la representan, "señor leyendo el diario". Con ello completo la imagen de mi pintura.

Hacía tiempo que Linda Kohen no exponía en Uruguay. Trajo telas pintadas en los últimos ocho años.

Linda Kohen está radicada en San Pablo.

—¿Cómo ve el arte en esa gran ciudad?

—Muy dinámico y vital. Muchas tendencias. Brasil de por sí tiene una mezcla muy especial de cosa primitiva e ingenua. Contrastes sociales y culturales. Ello se siente en la pintura.

Existen dos grandes fuerzas en San Pablo, alrededor de las cuales suceden muchas instancias cambiantes, de lo tradicional a lo moderno.

Una, el Museo de Arte de San Pablo, y la otra, la Bienal.

En otro sentido gran cantidad de galerías. Además, muchos coleccionistas.

—¿Qué le pareció la última Bienal?

—Es siempre interesante, porque es internacional. Es evidente que yo siento más la pintura dentro de lo tradicional. Y precisamente en tal tesitura había dos muestras de gran importancia. La del colombiano Jim Amaral, de calidad sólida y actual al mismo tiempo. Y una retrospectiva de Favio de Carcardarho, fallecido hace más de diez años y que tuviera gravitación en varios campos del arte.

Ahora pienso exponer en Galería Bonino de Río...

Eduardo VERNAZZA



El almuerzo



Mi mano en la falda y mi caballete



Subo al taller



La luz me despierta



Subiendo la escalera



La conversación



Acostada

Cuando el viejo capullo de la Revolución Francesa iba abriendo y soltando su perfume de sangre. Cuando golpeada, la Monarquía acusaba sus impactos, amortiguados por la suave peluca que cubría elegantemente la cabeza de Luis XVI; cuando las gentes gritaban como un himno sagrado aullándola por todos los recovecos parisienses La Marsellesa, cuando la guillotina cortaba impíamente como a las puntas de un cigarro de hoja, las cabezas coronadas, —se abrían impertérritos con la pulcra elegancia del aristócrata que siente el dolor pero no lo acusa—, los grandes salones presididos por figuras rutilantes de la época. Poetas, artistas, intelectuales, políticos, iluminándose pálidamente con los delgados velones cuya luz parecía temblar ante el rugido de las muchedumbres.

El hambre, acusaba a la nobleza su paternidad. Y el "sprit" parisiense, refiriéndose al Duque de Orléans, ministro de Hacienda, quien había perdido la mitad de su visión, decía "que no puede gobernarse un país como la Francia con un solo ojo". Y seguro de que la "tercera clase parisiense decía la verdad. De todo ese humus de personajes disímiles, de todo es vaho de sangre y casacas enceguecíendo con el brillo sensual de las sedas, se fueron encarnando los personajes movidos histórica o literariamente por Lamartine, Dumas, Hugo... Las moñas ubicadas como mariposas en el final de los afeminados postizos, donde los caballeros se disputaban la seducción de sus bucles o "tirabuzones", naturales o nacidos de pacientes tenacillas calientes. De los chalecos que jugaban a la belleza en la combinación cromática de sus chaquetas. Del rico "jabot" que besaba como una cálida paloma el pecho de los elegantes. Del brillo del charol de sus zapatos de una hebilla gigante, únicamente puesta para "paquetear". De las volutas de encaje de sus puños albísimos. En fin. Todo el duendería rococó, desplegándose airoso como un soplo de aire, alrededor de toda la elegancia, circulante en la ciudad donde se alzaba el inmenso fantasma medieval de Notre Dame.

Veamos cómo se vestía Robespierre, revolucionario introvirtiendo su hambre aristocrático. Tirano que cayó, no alcanzando su propia ejecución a compensar en algo, el trágico rosario de cabezas



Barrás. Miniatura de la época

El "salón" de Barrás

cuya sangre salpicó el estandarte borracho de la Revolución. "En aquella misma época, Robespierre andaba por París, elegantemente vestido, peinado con el mayor esmero y empleando para su tocado las esencias más suaves, las pompas más olorosas. Su ropa blanca era muy fina; su chorrera hecha de un encaje precioso, se encontraba siempre con un chaleco color de rosa, azul o blanco, de seda brillante y ligeramente bordado de plata u oro; en la mano llevaba siempre un ramillete de rosas, hasta en invierno. Ese hombre, así vestido parecía convenir perfectamente a uno de los Salones más elegantes de París y sin embargo se alojaba en casa de un carpintero. Su alojamiento no tenía nada de suntuoso, por cierto no respondía al lujo de su indumentaria; sin embargo, a esa casa casi miserable, acudía lo que Francia tenía más de temible, después de él. En fin, allí recibía, daba comidas, se hablaba y hasta se reía. Fue en una de esas cenas, en casa de Robespierre, donde la muerte de Mme. de Saint Maranthe y de Madame de Sartines, su hija, quedó resuelta entre Dantón, Saint Just y Brissot". La brevísima historia es ésta: Durante la cena se dijo una palabra. Esa palabra oída y comprendida podía causar un perjuicio inmenso a Robespierre. ¡Has hablado! le dijo Saint Just al día siguiente a la hora de la comida. ¿Que dije? Saint Just repitió la palabra. Robespierre arrugó el ceño. La palabra era grave y el dictador se dio cuenta de su importancia. Esto fue la perdición de la madre y la hija. Las dos perecieron en el cadalso. ¡Bajo la acusación de matadoras de Callot des Herbois!".

Pese a haber merecido cuatro versos del nervio tenebroso de la Revolución, los que aún en aquella época no pudieron ser bien comprendidos por la sociedad francesa: "Sobre el poder de las gracias/ Estate siempre alarmada/ Por eso no has de ser menos amada/ Si en no serlo te empeñas/". Buen tirano y mal poeta, los diecinueve años de la joven señora no sólo conocieron los horribles versos de Robespierre, sino que también la fina rosa de su cuello fue arrancada por el filo implacable del morboso instrumento inventado por el doctor Guillotin.

Toda esta minúscula historia nació en un Salón que por lo que cuenta la Duquesa de Abrantes no

tenía el esplendor de otros lugares de reunión donde se entremezclaban como en un mazo de naipes humanos reyes y plebeyos. Realistas y revolucionarios. Los primeros con la esperanza de sobrevivir, o sintiendo dolorosamente que era el turno de su oscuridad. Los segundos aprovechando el momento en que como sangrientass luciérnagas daban su brillo.

Según la marea popular con su furioso bramido y las calles de París eran un muestrario kaleidoscópico del horror. En los palacios, el pánico trepando desde las guardias adivinando su derrota y prendiéndose en los últimos refugios morales de la aristocracia.

"Las escarapelas" crecían y se adherían furiosamente en los sombreros —vigías de la democracia— levantadas en un torreón humano. Las mujeres ebrias o con olor a vino gritaban de una a otra: "Estamos hermosas con el gorro colorado". Era la entremezcla de un cambio justo, con la borra siniestra del populacho, como una bebida cuyos efectos eran desconocidos y quemaba la garganta de un alma que amanecía entre brumas. Momentos en que "las mujeres montadas en burros, vestidas de sobrepelliz, en las tabernas de los Porcherons y Ramponneau, cubiertas además por casullas, bebían su vino en los cálices de las catedrales."

En París, —al decir de Dumas— "se canta siempre que algo cae, ya sean hombres o cosas" y vaya si cayeron cosas y cabezas, en "aquella Corte elegante, sensual y perfumada"... desde aquellas tiesas y soberbias testas, hasta la joyería cincelada en maderas finísimas, en las que pintores exquisitos repetían con sus líneas y colores, sensuales ahijadas de Venus, conocedoras de todos los secretos de su madrina, pàra crear, mantener y perpetuar el amor, hasta inocentes escenas bucólicas, con sátiros, ninfas y pastores entregados todos dulcemente a Eros.

La Revolución era un torbellino que lo arrasaba todo. No sólo caían los que le eran ajenos. Los ondeos de su trastornada bandera envolvían traidoramente en sus pliegues, hasta subirlos al patíbulo a muchos de los ciudadanos que ostentaron con orgullo, inteligencia y valor, erguido en su cabeza, el prometedor símbolo de la República.

El Capitán Barrás, que, más "se afilió por cálculo que por convicción" a la causa de la Revolución, tuvo también su elegante Salón en aquel París escalofriante y deslumbrador. En el hoy viejo París —pero para nosotros y aclaramos— no viejo sino antiguo.

Las calles de París son historia de piedra y balcones. Lo viejo pasó. Lo antiguo reposa y no muere. Vive. Sin límite de tiempo. Empolla para el futuro. Homero es antiguo, no viejo. Juana de Arco no se ha ido. Habrá pasado su leyenda. Su cota de malla. Su espada santa. Pero pese al encanto de lo que la revestía y podía rodearla, "la voz del árbol sagrado de Bourlemont", al decir de Mark Twain, se mantiene intacto como su alma. Y agregamos nosotros, no es una leyenda que viene a transformarse en realidad. Es la realidad misma que a veces sólo pierde su pátina de tiempo y se actualiza.

Nos dice la Duquesa de Abrantes, refiriéndose al Salón de Barrás, en su libro "Historia de los Salones de París", aunque escrito coetáneamente a los días trágicos de Francia, ahora, uno mismo iría con placer. "Barrás era hombre de buen trato social y sabiendo lo que podía ser una casa agradable, la suya hubiera sido encantadora sin la condescendencia de dejar entrar en ella, lo que tal vez podía ser muy grato para él, pero que en cambio alejaba a muchas personas. Sin embargo, siempre que quería dar un baile, una cacería, un concierto, podía estar seguro que sus invitaciones eran aceptadas".

"La persona que daba más encanto al hogar de Barrás —y era el ornamento de sus fiestas— era Mme. Tallien. He hablado de esa mujer célebre en varias obras mías, pero nunca creo haber podido representarla tal como era. Su hermosura de la que tenemos una idea imperfecta al ver las bellas estatuas de la antigüedad, tenía un encanto extraño. Era española y poseía ese atractivo bien conocido de las hijas de Cádiz, lo poseía en su persona y en tal grado, que era una perfección. Sus manos, sus brazos, su cabellera, sus dientes, todo en ella era admirable y su sonrisa fina y espiritual iluminaba su fisonomía de tal manera, que al ver a Mme. Tallien se escapaba un grito de admiración de la boca de los que la veían por primera vez"...

No sólo era el encuentro entre almas y espíritus hermosamente nacidos y cultivados. Era necesario también poseer gracia y exquisitez y si la belleza tocaba lo superlativo, los Salones con sus orquestas, el sonido metálico de sus clavecines, el embrujo del aire dulce de las flautas y el zumbido oscuro y misterioso de sus violas, adquirían la fruición de un refinamiento, que tal vez —aunque de otro modo— París no ha perdido. Dice además la Duquesa de Abrantes, que: "Había adoptado un traje medio griego que le sentaba admirablemente y que llevaba con una gracia inimitable; ese traje era sencillo y hasta severo. Daba un mentís a esa idea generalmente adoptada que una mujer bonita lo era estando bien ataviada". "Además: Mme. de Chateau Regnault, bella y espiritual, iba a muy a menudo a la casa de Barrás. Varias mujeres bellas y agradables formaban parte de esa sociedad íntima en la cual M. de Talleyrand, Regnault de Saint-Jen Angely, M. Maret y Barrás mismo formaban ya, un punto céntrico muy capaz de comenzar y hasta de concluir una velada entera. A veces Francisco de Neufchatel abandonaba su vivienda para venir a traer su tributo a la colmena. Algunos hombres ilustres como Chenier y otros cuyas opiniones podían andar con el orden de las cosas, estaban admitidos en casa de Barrás y contribuían a hacer de su casa la más agradable de entonces, sin ninguna comparación con las que existían en París".

Andrea Chenier uno de los grandes poetas revolucionarios, el 6 de Termidor en la Consejería fue condenado a la guillotina. El mismo día su joven y bella cabeza cobijó sus póstumas imágenes, antes de engrosar la canasta macabra. Y de ella donde llevaba airosamente su sombrero, como de tantos otros, cayó humanizada y horrorizada la tricolor y caprichosa escarapela de la Revolución.

En ese mismo Salón, cuando los grandes curas



Una recepción en casa de Barrás. En el centro y de pie, Barrás. Frente a él, Mme. Tallien. A la derecha, sentada, Josefina, y a su lado Bonaparte. A su derecha, Mme. de Recamier y Mme. de Stael. (Cuadro de Masse)



Mme. de Stael a los treinta años



Mme. Recamier, por Gerard

con sus filtros místicos seducían adelantando y cobrándose a cuenta la salvación eterna a toda testa coronada, Talleyrand uno de esos extraños pero poderosos ejemplares de mitra y espada, equilibrando los dos oficios con inteligencia dualista, salvó si no una conciencia, sí una cabeza. La Duquesa de Abrantes cuenta lo siguiente: "Al ver al coronel Lamothe, Barrás hizo un movimiento de sorpresa desagradable. Ciudadano Director —le dijo M. de Lamothe—, he sabido que habéis dicho algo que me hace creer que tenéis sospechas sobre una conducta que se halla muy lejos de mi manera de ser. Si no os satisface mi palabra mandad hacer una información, me constituyo voluntariamente preso. Barrás, al principio no contestó, arrugó las cejas y su frente se tornó amenazadora. En el mismo momento M. de Talleyrand que vio formarse la tormenta, se levantó de su sitio y cojeando se dirigió hacia M. de Lamothe y tomándole la mano le dijo con ese tono fino y sencillo que le conocemos: Buenos días Lamothe, ¡me alegro mucho de veros! Después se volvió a su sitio donde continuó jugando con la misma tranquilidad, como si nada hubiera sucedido en torno suyo. Barrás que tal vez se encontraba a disgusto con su mal humor, se alegró del camino de M. de Talleyrand de abría. Señor de Lamothe —le dijo— tal vez haya creído muy ligeramente lo que me han dicho de vos; vuestros amigos me han demostrado que era injusto. Olvidad todo esto y para probármelo, hacedme el honor de quedaros a comer conmigo. Lamothe se inclinó y se quedó".

Todo esto es muy francés del siglo XVIII. Las cabezas valían nada en ese momento y eran cortadas de sus árboles vitales mientras los cestos revolucionarios se llenaban de esos frutos palpitantes, puestos caprichosamente en recipientes de mimbre por la mano de Némesis. El coronel Lamothe había tenido una vinculación sentimantal con la que en ese momento era la señora Tallien. Tallien era casi dueño de la guillotina. Ante esa elegante señora, terminado el idilio, había recurrido al Coronel en favor de Talleyrand en una oportunidad. Esa noche, el Obispo, político, diplomático, etc., pagó con creces la deuda que debía cancelar con su vida el Coronel Lamothe. Las ocho palabras del mitrado, se le habrá inscrustado en el alma de Lamothe. Y seguramente que el vaho de un pasado e intenso amor francés, venido de Mme. Tallien "en aquel mundo elegante, sensual y perfumado", sedujo misteriosamente al temible Barrás.

La gran historia viene de otros hechos que no tienen intimidad. La que transcribimos está en viejos libros derrengados y polvorientos. La historia grande no tiene estas distracciones, que al fin de cuentas son las que humanizan el ambiente, un momento del mundo en que vivimos. Estos Salones pautan un instante en que se desenvuelve la lucha humana e inhumana entre dos sistemas socialmente antagónicos. Y políticamente enemigos. Lucha a muerte entre el oro y pedrería de las coronas y el alto gorro de paño que humilló y degradó la cabeza de Luis XVI, obligándolo a llevarlo por un instante preanunciando la muerte del monarca y de la monarquía. La historia grande es fría y cuajada de dureza. La pequeña, escrita en los Salones son los trozos calientes y escondidos que constribuyen al sostén de aquella.

La aristocracia sintió el terremoto bajo sus pies. Los revolucionarios intentaban detenerse en un punto que no hallaban. La marea los arrastraba también a ellos.

Tal vez el epigrama que circuló en aquellos días y que transcribimos, fuera una de las razones que crearon el cambio: "Hace cien años que la Francia está enferma. Tres médicos vestidos de encarnado la han asistido sucesivamente.

Richelieu la sangró. Mazarino la purgó. Fleury la puso a dieta."

El mundo actual no encuentra sostén. El hambre y la guerra han podido más aún que los tres médicos vestidos de encarnado. Los pueblos se estremecen. "La Marsellesa" sin nacionalidad aflora a las gargantas. Y las muchedumbres están enfermas del mismo mal, que Luis XV.

De lo único que no tiene remedio:

"El desengaño".

Edison BOUCHATON

Especial Para EL DIA.